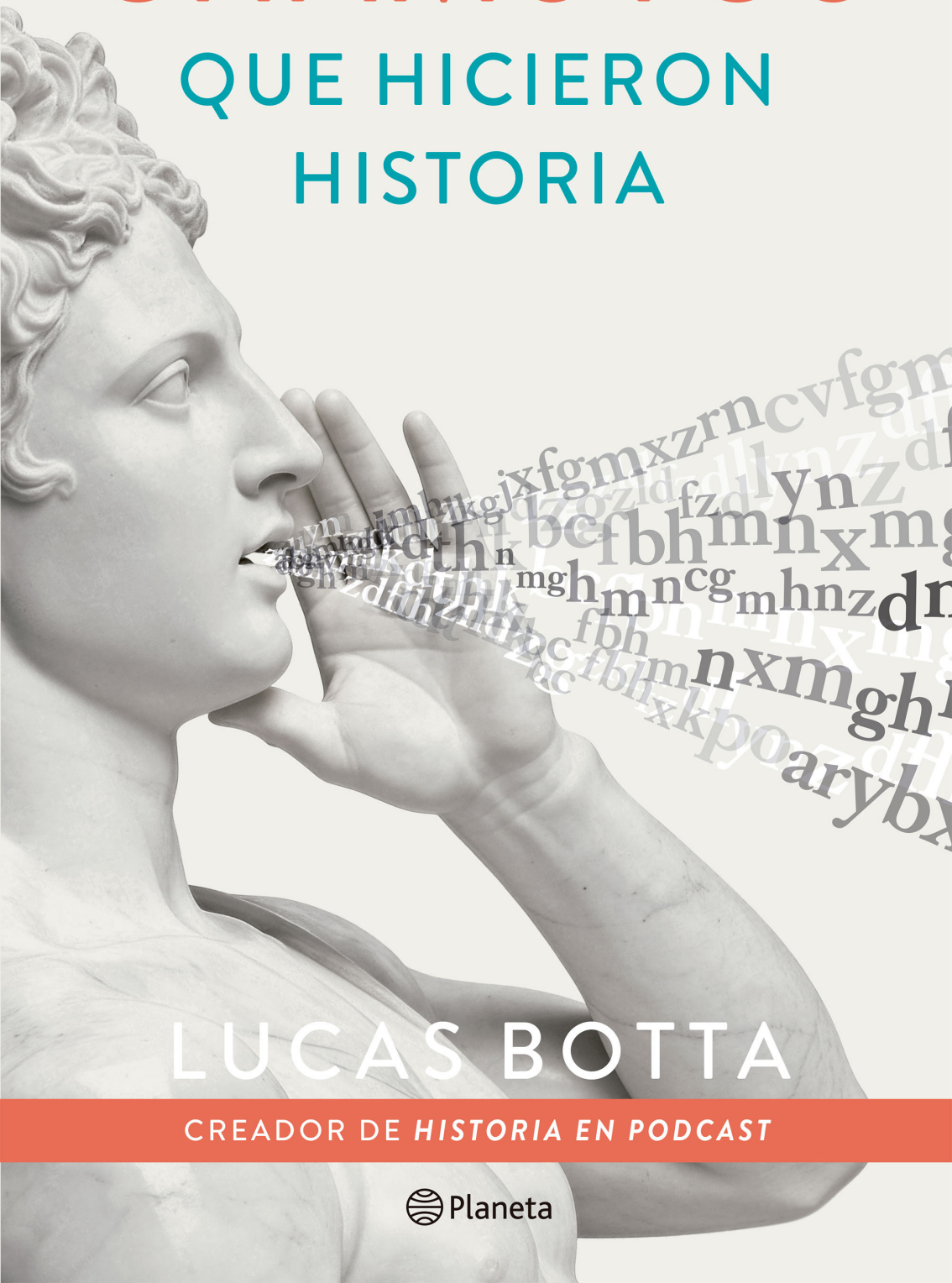


CHAMUYOS

QUE HICIERON HISTORIA



LUCAS BOTTA

CREADOR DE *HISTORIA EN PODCAST*

 Planeta

LUCAS BOTTA

**CHAMUYOS QUE
HICIERON HISTORIA**

Índice

El poder del chamuyo en la historia	9
A caballo regalado, no se le mira el interior	17
El que duerme, no peca... pero chamuya	25
En lo que se toma a bulto, hay chamuyo oculto	31
A gato viejo, ratón tierno	37
A cada santo le llega su día	41
La fe mueve montañas... y reliquias	47
Hecha la ley, hecho el chamuyo	53
A donde fueres, cuenta lo que vieres... o lo que te acuerdes	57
El que no chamuya no gana	65
No todo lo que brilla es oro	73
Dime qué escuchas y te diré a qué le temes	79
Es justa razón engañar al engañador	85
El que avisa no traiciona, pero chamuya	93
Que el chamuyo no tape el bosque	101
Que las hay, las hay.....	105
El que busca encuentra (o inventa)	113
Mi unicornio azul, ayer se me perdió	119

A buen entendedor, pocos chamuyos	123
Five o'clock tea	127
El que juega con fuego... ..	133
El mundo es un pañuelo (griego)	139
El que nada debe, nada teme	145
Bajo el mar vives contenta, siendo sirena eres feliz ...	149
Calavera no chilla	153
A confesión de parte, relevo de pruebas (o de chamuyos)	157
El hábito no hace al monje (ni al papa)	165
Tirar la piedra y esconder el chamuyo	171
Civilización y barbarie	177
Las apariencias engañan.....	183
Pídeme la Luna y te la bajaré, pídemme un chamuyo y yo te lo daré	189

El poder del chamuyo en la historia

Quizá no conozcan ni mi nombre ni mi cara, así que voy a empezar como mandan los buenos modales: presentándome. Y si ya me conocen, les propongo que se detengan un momento. Toda historia necesita una puerta de entrada, y este libro también.

Me llamo Lucas Botta. Soy licenciado en Historia, profesor y divulgador. Y desde hace algunos años —los suficientes como para que esto haya dejado de ser «un proyecto» y se haya convertido en una parte central de mi vida— soy la voz detrás de *Historia en Podcast*, uno de los podcasts de historia más escuchados en español.

Lo digo con orgullo, sí, pero también con una mezcla de asombro y gratitud, porque todavía me cuesta creerlo. Millones de reproducciones, cientos de miles de seguidores, oyentes en Argentina, México, España, Colombia, Chile, Uruguay, Estados Unidos; en lugares donde no estuve nunca, pero sí mi voz.

Junto con los oyentes, seguidores y fanáticos de la historia armamos una comunidad enorme, diversa, curiosa y viva. Y lo más interesante es que no está formada sólo por gente que

«ama la historia». Muchas veces son personas que llegan de casualidad, escuchan un episodio y se descubren pensando: *che... qué interesante esto*.

Si están leyendo estas páginas, es probable que sean una de esas personas. O tal vez sean de las que ya vienen conmigo desde hace rato, las que se suben a un episodio como quien se sube a un viaje. Y ahí está el primer punto importante, yo no llegué a este punto como un iluminado que un día decidí escribir libros. Vengo del aula. Vengo del pizarrón. Vengo de ese momento en el que mirás a un curso de secundaria y te das cuenta de que no alcanza sólo con *saber*, también hay que *saber contar*. Porque la historia, si no se narra, se muere. Si no se vuelve pregunta, emoción, intriga, espejo, se vuelve una lista de fechas. Y estoy convencido de que la lista de fechas es el cementerio de la curiosidad.

Historia en Podcast nació en plena pandemia, cuando el mundo se frenó de golpe y nos quedamos, literalmente, encerrados con nuestros propios pensamientos. Yo era profesor de secundaria, daba clases, y de pronto ya no había aulas ni pasillos ni recreos. Había desaparecido esa energía humana que sostiene la docencia incluso en los días más difíciles: las caras de entusiasmo mientras contaba operaciones secretas de la Segunda Guerra Mundial o hablaba de la tumba perdida de Cleopatra.

En su lugar quedó una computadora, una cámara, un micrófono improvisado y una sensación rarísima: el silencio.

En ese silencio apareció una idea que, en realidad, era una pulsión. Una necesidad. La de seguir enseñando, sí, pero también la de seguir conectando. De seguir hablando de his-

toria en un momento atravesado por la incertidumbre y el miedo. Ahí entendí que la historia podía ser compañía. Un rato de escape. Un lugar relativamente seguro. Una voz que te cuente algo que pasó hace siglos para que, por un momento, el presente no te aplaste tanto.

Grabé un primer episodio para mis alumnos. Después otro. Y otro más. Y sin darme cuenta, lo que había empezado como el experimento de un profesor encerrado en su casa, pensando cómo llegar a sus estudiantes de secundaria, se transformó en algo que me superó.

Empezaron a escribirme personas que no conocía. Mensajes simples, cotidianos, poderosos: «Te escucho mientras lavo los platos», «Te escucho mientras manejo», «Te escucho mientras me duermo», «Me acompañas en el gimnasio», «Me ayudaste a volver a interesarme por la historia». Ahí entendí algo fundamental: el podcast no era un formato. Era una forma de estar cerca. Este libro nace de la misma lógica: estar cerca. Contar sin solemnidad. Tomar la historia en serio, pero no narrarla como si fuera un castigo.

Durante mucho tiempo —y en buena medida todavía pasa hoy— los historiadores escribieron historia para otros historiadores, dentro de lo que llamamos la *Academia*. No está mal, no es una crítica. Sólo que no es el único camino. A mí me interesa ampliar el público, seguir acercando gente a la historia: personas que no conocen las reglas académicas, pero que disfrutan de un buen relato, ya sea escuchando un podcast o leyendo un libro.

Por eso busco escribir simple, claro y ameno. Para gente común, para lectores reales. No para la Academia, sino para

quienes tienen curiosidad y ganas de pasar un buen rato pensando el pasado.

Ahora bien, ¿de qué va *Chamuyos que hicieron historia*? Se los digo claro desde el comienzo, para que no nos confundamos. Este no es un libro para «desmitificar» todo. No es un libro para jugar al detective que se cree más vivo que el pasado. Tampoco es un catálogo de errores históricos repetidos, ni un ranking de «mentiras» que la gente cree porque los historiadores muchas veces nos copiamos unos a otros. Esa idea, que tiene su gracia, claro, la de que «la historia no se repite, los historiadores se copian», podría funcionar para otra cosa, para otro libro, para otra intención.

Acá la mentira es otra. La mentira es el chamuyo. El chamuyo es una palabra del lunfardo. Una palabra hermosa, porteña y arrabalera, bien rioplatense, pero que yo, cordobés, me apropio con cariño porque describe algo que en Argentina conocemos bien de cerca: esa viveza criolla, esa picardía, esa capacidad de «remarla» con la palabra, de convencer, de construir una versión, de ganar tiempo, de ganar terreno, de salir mejor parado. Chamuyo no es sólo mentir. Chamuyo es mentir con gracia. Es mentir con narrativa. Es mentir con oportunidad. Es la mentira que funciona porque entiende algo del mundo, algo de las personas, algo de sus miedos, de sus deseos, de sus prejuicios. Se chamuya jugando un partidito de fútbol en el barrio, se chamuya cuando hay que «levantar» en el boliche, se chamuya para impresionar amigos o para zafar de la cita con el dentista. Se chamuya siempre y es por eso que la historia no está exenta de chamuyos.

A lo largo de este libro vamos a ver que, cuando eso ocurre, cuando un chamuyo está bien hecho, no sólo engaña. Produce efectos. Mueve ejércitos. Crea devociones. Instaura tradiciones. Cambia rutas. Justifica conquistas. Levanta imperios. En algunos casos, literalmente, cambia la historia.

Eso es lo que me interesa contarte en estas páginas. No la mentira como error, sino la mentira como herramienta. El engaño como estrategia. La construcción de relatos que, por diferentes motivos, terminan imponiéndose como si fueran realidad.

Por eso el libro recorre chamuyos de todas las épocas. Desde el mundo antiguo hasta el siglo XX. Desde operaciones militares que cambiaron guerras enteras hasta «reliquias» que multiplicaron milagros y peregrinaciones. Desde farsas científicas hasta criaturas imposibles vendidas como evidencia. Porque cuando uno mira la historia desde este ángulo, se da cuenta de algo que es tan divertido como inquietante: el chamuyo no es una excepción, es un recurso constante. Transversal. Universal. Histórico. Una especie de idioma humano que se habla en Roma, en Jerusalén, en Londres, en China, en la corte de los reyes, en las tabernas y en la plaza pública.

El libro, además, se desprende de mi unipersonal, *Chamuyos que hicieron historia*. Ese espectáculo teatral nació con la misma intención de contar historia con humor, con picardía, con ritmo, con cercanía. Sin perder rigor, pero sin ponerse solemne. Porque la historia puede ser profunda sin volverse pesada. Puede ser seria sin ser aburrida. Puede ser rigurosa sin perder la sonrisa.

De hecho, les confieso el objetivo real de este libro. No pretendo que después de leerlo salgan convertidos en un especialista. No pretendo que memoricen fechas. No pretendo que discutan con un académico en un congreso. Para eso hay historiadores mucho mejores que yo y libros mucho más técnicos. Yo quiero otra cosa.

Quiero que se diviertan. Quiero que puedan abrir el libro en cualquier página y engancharse. Quiero que sientan que se los estoy contando al oído, como en el podcast, como en el teatro, como en una caminata por una ciudad histórica donde doblás una esquina y te cae una historia encima. Quiero que terminen un capítulo y piensen: «No puede ser... ¿esto pasó en serio?». Y quiero, sobre todo, que en una sobremesa, entre amigos o familia, tiren una frase al estilo: «Che, ¿vos sabías que la Segunda Guerra Mundial se terminó de encarrilar gracias a dos chamuyos bien hechos?». Si logro eso, estoy hecho. Cumplí mi cometido.

La divulgación, para mí, no es bajar la vara. Es abrir la puerta. Es invitar a entrar. Es decirle a alguien: «Vení, no tengas miedo; la historia no muerde, la historia te va a gustar». Si después querés profundizar, mejor todavía. Ese es el camino. Pero antes hay algo más importante: enamorarse. Sentir que la historia tiene algo para decirte, que no es un lujo académico, sino algo que puede resonar en tu propia vida.

Y acá aparece el otro componente emocional de este libro. Lo que empezó como una cruzada personal en pandemia, hace ya seis años, hoy toma la forma de nuevo libro. Que no llega solo. Llega acompañado de todo lo que pasó en el me-

dio: de episodios grabados a contrarreloj, de viajes históricos y culturales en los que de hecho caminamos la historia desde el lugar de los acontecimientos, mirando edificios, plazas, ruinas y calles con ojos nuevos; de anécdotas recogidas en aeropuertos, trenes, plazas europeas, cafés, iglesias y museos; de lecturas, notas, obsesiones y de noches escribiendo y reescribiendo. Y, sobre todo, llega nutrido por el interés genuino de esa comunidad hermosa que sigue y banca a *Historia en Podcast*. Una comunidad que me empuja, que me exige, que me inspira, que me acompaña. Una comunidad que vive episodio tras episodio, como la vivo yo.

Este libro también es de ellos (o de ustedes). Y si alguna vez me escucharon y pensaron «qué lindo sería leer esto», bueno, acá está. Nos encontramos en papel.

Antes de cerrar, quiero agradecer.

Gracias a Editorial Planeta por apostar nuevamente. Por confiar en que la historia contada con ritmo, humor y cercanía tiene un lugar real en el corazón de la gente. Gracias a Rodolfo González Arzac por la confianza y por empujar este proyecto con convicción. Gracias a Ana Clara Pérez Cotten por la edición, por ese trabajo invisible que hace que el libro respire, suene y se entienda mejor. Gracias a mi esposa Nazarena, por la paciencia, por bancar los tiempos raros, los silencios de concentración, las obsesiones de último momento y el «ya termino» que muchas veces no era verdad. Gracias a mi hija Paulina, por seguir despertando en mí la curiosidad como cuando yo era niño, por recordarme que las preguntas importan más que las respuestas, y por enseñarme —sin saberlo— que la magia existe cuando uno decide creer. Y

gracias a la historia. Por tantas alegrías. Por tantas sorpresas. Por tantas puertas abiertas.

Ojalá este libro les haga reír. Ojalá les haga decir «no puede ser». Ojalá les haga aprender sin darse cuenta. Y ojalá, cuando terminen de leer la última página, les quede una sensación simple, linda y poderosa.

La historia está viva. Y a veces, sí..., la mueve el chamuyo. Nos vemos adentro.